

MESA 02

INTERVENCIÓN CON CONDUCTAS VIOLENTAS

IDENTIDAD ADOLESCENTE Y CONDUCTAS VIOLENTAS. INTERVENCIÓN DESDE LA CONVIVENCIA

ANDRÉS PÉREZ RUA.

LICENCIADO EN PSICOLOGÍA. DIRECTOR CENTRO RESIDENCIA CON GRUPO EDUCATIVO "AL-XARAT", AESIM, HUELVA.



El impacto social de comportamientos violentos en adolescentes no es un elemento novedoso en la intervención psicosocial, pero en los últimos tiempos, la focalización del interés sobre este fenómeno por parte de los medios, ha generado un debate constante sobre el mismo. Cobra mayor importancia, si cabe, el desarrollo de conductas agresivas en marcos de convivencia tradicionales como los académicos o los familiares. Contextos que han sido el sustento del grueso del proceso educativo de los adolescentes y que han generado una nueva percepción del adolescente como potencial elemento disruptivo.

En este momento podemos encontrar una doble lectura de este debate. Por un lado el referido a la necesidad de modificar presupuestos preventivos de conductas violentas, muy relacionados con nuestro propio sistema de valores a la hora de desarrollar nuestra labor educativa con menores y jóvenes. Y por otra parte, la eficacia de medidas correctoras como las establecidas legalmente. Más allá de repasar estas dos vías de debate, nos proponemos analizar determinados aspectos de la realidad educativa de nuestros adolescentes, partiendo de un modelo de intervención circunscrita a una medida judicial concreta, la Convivencia con otra persona, familia o grupo educativo, establecida dentro de las Medidas de Régimen Abierto de la Ley 5/2000 de Responsabilidad Penal de los Menores, modificada por la 8/2006 de 4 de diciembre, tal y como lo entendemos en los recursos de estas características que ejecutamos desde la asociación AESIM mediante contrato público con la Dirección General de Justicia Juvenil y Servicios Judiciales de la Consejería de Gobernación y Justicia de la Junta de Andalucía en las provincias de Huelva y Sevilla.



EL DETERIORO DE LAS RELACIONES, DISTANCIA AÚN MÁS A LOS ADOLESCENTES DE SUS PADRES Y GENERA EN LOS PRIMEROS LA NECESIDAD DE BÚSQUEDA DE NUEVOS ESCENARIOS DONDE ENCONTRAR LA VALIDACIÓN DE SU NUEVA E INCIPIENTE IDENTIDAD

Partiendo de planteamientos teóricos de corte existencial-humanista y muy influido por metodologías de corte sistémico y basadas en modelos de investigación-acción, nos encontramos con una pregunta esencial a la hora de abordar la intervención con estos menores y jóvenes. ¿En qué momento del ciclo vital se encuentran y qué caracteriza al mismo? Es evidente que la adolescencia actual se encuentra sumida en un proceso de alargamiento y modificación de su esencia en relación a momentos históricos anteriores, pero aún así, se puede seguir considerando como una etapa que marca el paso de la infancia a la adultez y que, como característica fundamental, se puede considerar como el momento donde se produce el proceso de construcción de la identidad individual. Es la etapa donde el niño comienza a desvincularse de una identidad fuertemente relacionada con la de sus padres, para cimentar una identidad propia que sustentará las bases de su identidad adulta.

Este proceso de desarrollo identitario es un proceso complejo y puede ser mermado por multitud de situaciones desde la base misma del desarrollo ontogénico del adolescente hasta por la inoculación de valores imperantes en macrosistemas sociales. Ante la imposibilidad de desarrollar adecuadamente este proceso identitario, la respuesta del menor suele ser la expresión sintomática de conductas que son vistas como disruptivas o impropias de su edad, si bien suelen responder a situaciones de desajuste de su entorno inmediato. No podemos entender al adolescente aislado que labra su propia identidad al margen de su realidad social y, sobre todo, familiar.

Es en esta realidad familiar donde produce un mayor impacto el proceso de desarrollo identitario del adolescente, ya que provoca la necesidad de una adaptación de los roles ante una nueva dinámica donde uno de los miembros, el adolescente, presenta nuevas necesida-

des. Este impacto viene a poner en crisis una dinámica de relación y, en determinadas circunstancias, puede amenazar la propia existencia de la misma. Ante esta situación en no pocas ocasiones comienza a generarse una serie de resistencias al cambio y con ellas un cierto deterioro en las relaciones paterno-filiales que, en circunstancias concretas, derivan en la aparición de "síntomas" que parecen atentar contra la estructura familiar y pueden generar conductas antinormativas (conductas agresivas, actividades delictivas, consumo de drogas, etc.) en los propios adolescentes.

El deterioro de las relaciones distancia aún más a los adolescentes de sus padres y genera en los primeros la necesidad de búsqueda de nuevos escenarios donde encontrar la validación de su nueva e incipiente identidad. Si esta validación se produce en contextos donde son apreciados los comportamientos antinormativos, este tipo de conductas pueden desarrollarse en el adolescente con relativa facilidad.

Por otra parte, una vez establecido este contexto de deterioro en la relación paterno-filial, es frecuente la focalización de los conflictos familiares en la figura del menor adolescente, lo que éste recibe como un ataque a su nueva individualidad y que permite sostener una estructura familiar desajustada bajo la excusa de la incidencia del comportamiento de un miembro que es el causante de todos los "desastres" familiares. Incluso, es sorprendente comprobar como familias enteras son capaces de propiciar situaciones donde la conducta del adolescente se ve abocada a la antinormatividad para mantener roles y dinámicas propias. Este tipo de paradojas en la relación no suelen ser conscientes, pero son difíciles de asumir por los miembros de un núcleo familiar.

Puede parecer extraño que la intervención que proponemos se desarrolle en un ambiente distinto al del núcleo familiar, como sería el de un Centro de Convivencia con Grupo Educativo, pero debemos aclarar que durante todo el desarrollo de la medida se establece una intervención familiar a través de visitas y permisos familiares. Así, si entendemos la conducta del menor como parte de un todo y no de forma aislada, el proceso de recuperación ha de ser entendido también desde esta perspectiva.

Una vez el menor o el joven ingresa en un centro de estas características nos debemos plantear hacia dónde dirigir la intervención para facilitar el desarrollo de su identidad individual. Es el contexto del centro de convivencia donde el adolescente comienza a desarrollar una serie de actividades normalizadas, desde higiene y limpieza personal y del propio entorno, hasta las propias de su formación académico-profesional, pasando por el adecuado cumplimiento de sus responsabilidades de convivencia con otros chicos. Aquí cobra fundamental importancia la figura del educador como adulto que guía y orienta hacia el desarrollo de la propia identidad, a través no sólo del refuerzo o de

EL FUTURO ES DIFÍCILMENTE PERCEPTIBLE PARA LOS ADOLESCENTES EN LA SOCIEDAD ACTUAL DONDE SE LE DA PREPONDERANCIA A LO INMEDIATO, PERO A MEDIDA QUE SE COMIENZA A ALCANZAR ÉXITOS EN CONTEXTOS DONDE ERAN FRECUENTES LOS FRACASOS, LOS SENTIMIENTOS DE AUTOEFICACIA DEL ADOLESCENTE APARECEN, DANDO LUGAR A UN FORTALECIMIENTO DE SU PROPIA AUTOESTIMA

la corrección, sino como facilitador de la expresión de las emociones que va vivenciando, día a día, el adolescente. Esta relación va a marcar el desarrollo de un vínculo emocional entre el adolescente y figuras adultas que no sesgarán su desarrollo y que potenciarán comportamientos que darán lugar a un nuevo sentimiento de validación social, ahora sí, ligado a contextos ajustados a la norma.

Un contexto estable, marcado por una rutina que permita una reflexión sosegada de su actividad diaria, así como la preponderancia de sus necesidades personales en cuanto al desarrollo de intereses académicos, formativos o de ocio que parten del propio adolescente, permiten que éste sienta una sensación de proceso vital, alejándose poco a poco del aquí y ahora y comenzando a plantearse metas a medio plazo. Es decir, su necesidad de crecimiento no se encuentra constreñida por un presente marcado por la conflictividad, sino que comienza a emerger un planteamiento de futuro más esperanzador.

Este futuro es difícilmente perceptible para los adolescentes en una sociedad actual donde se le da preponderancia a lo inmediato, pero a medida que se comienza a alcanzar éxitos en contextos donde eran frecuentes los fracasos, los sentimientos de autoeficacia del adolescente aparecen, dando lugar a un fortalecimiento de su propia autoestima.

Fundamental es también el desarrollo de un lenguaje emocional más amplio, ya que será a través de él donde el adolescente empezará a expresar las características de su nueva identidad y mediante la que comenzará a reconocer la misma en los otros, significándose como sujeto válido dentro de su grupo.

Por otra parte, como se indicó anteriormente, el tra-

bajo familiar se desarrolla en íntima conexión con el propio de convivencia en el centro. A través de entrevistas, sesiones familiares y visitas, se establece una intervención donde los miembros de la familia son invitados a expresar su percepción del conflicto. Una vez analizada la dinámica, el trabajo se dirige a “hacer visible” los síntomas que generan las conductas desadaptativas para el adecuado funcionamiento de las relaciones. Es entonces cuando aparecen las resistencias de los miembros a abandonar roles que no favorecen la resolución de los conflictos. Por lo general, los familiares terminan asumiendo la responsabilidad individual en la aparición y potenciación de una dinámica conflictiva que facilita conductas anti-normativas en sus hijos. Desde esta nueva posición, son ellos mismos quienes se sienten partícipes en la construcción de un nuevo modelo de relación que asuma las necesidades identitarias del adolescente y no la observe como un atentado a una dinámica anterior que, en definitiva, coartaba el adecuado crecimiento de su hijo. Esta sensación de construcción de una nueva dinámica, va dando sentido a una sensación de identidad familiar que armonice adecuadamente con la identidad individual del adolescente que, ahora sí, se siente “significado”, es decir que se siente incluido y reconocido por sus familiares, lo que facilita un comportamiento más ajustado a las normas recién establecidas en el nuevo modelo familiar.

Ni que decir tiene que este trabajo familiar es complejo y supone la asunción de pérdidas personales de los miembros en pos de una nueva realidad familiar que, a la larga, facilitarán ganancias a sus miembros en la medida que adapte y de cobertura a los procesos personales de cada uno de ellos. ■

